

8
Cuando María y José con el niño vieron cumplidas todas las cosas que prescribía la ley del Señor, se volvieron a Galilea, a su ciudad de Nazaret. El niño iba creciendo y fortaleciéndose, se llenaba de sabiduría y la gracia de Dios le acompañaba.

BEATO BARTOLOME DE VICENZA OBISPO

Nació hacia el año 1200 en la ciudad italiana de Vicenza. Integrante de la familia de los condes de Bragança. Estudió en Padua y conoce en plena juventud a santo Domingo de Guzmán, quien acababa de fundar en Vicenza. Tenía alrededor de 20 años cuando él le impuso personalmente el hábito dominico. Después de haber sido ordenado sacerdote, a Bartolomé le encomendaron importantes misiones. Cualidades destacadas era la predicación. Hábil y certero en sus argumentos, salía victorioso en su lucha contra los herejes.

Celoso defensor de la paz y artífice de reconciliación. En 1233, fundó la Milicia de Jesucristo, con el objetivo de restaurar la paz y defender la fe y libertad eclesiales.

En 1235, dos años después de haber fundado la Milicia, el capítulo general de la Orden efectuado en Bolonia lo designó Maestro del Sacro Palacio como sucesor de Domingo de Guzmán. Fue prior en distintos conventos que dirigió con sabiduría y prudencia. Al igual que había hecho Gregorio IX, el papa Inocencio IV también contó con él, eligiéndole para acompañarle como teólogo al Concilio de Lyon en 1245. En 1248, siendo en esos momentos confesor del rey san Luís IX de Francia, este Santo Padre lo nombró obispo Nicosia, Chipre, juzgando esencial su presencia de hombre virtuoso allí, dado el conflicto existente en los Santos Lugares. Precisamente en esa época, el monarca francés encabezaba una expedición para combatir a los opositores de la fe en defensa de Tierra Santa, y Bartolomé le visitó en Palestina. Regresó con la invitación del rey para volver a verse en Francia.

En 1254 el pontífice Alejandro IV lo designó prelado de Vicenza. Pero a causa de la persecución antirreligiosa no pudo asumir la misión plenamente ya que por defender a los aterrados ciudadanos frente a este sanguinario dictador, tuvo que dejar la ciudad. A finales de ese año viajó a Inglaterra como legado pontificio. Reinaba entonces Enrique III que tenía la sede en Aquitania, y Bartolomé le acompañó a él y a la reina, en su viaje a París; entonces visitaron al rey Luís. En el transcurso de este encuentro, el santo monarca obsequió al beato con una preciadísima reliquia: una espina de la corona del Salvador. En 1256 Alejandro IV volvió a encomendarle la sede de Vicenza. Pero Ezzelino estaba en contra de la Iglesia, y aunque Bartolomé se incorporó a la diócesis, el jefe de los gibelinos le obligó a abandonarla. A finales de 1259 murió Ezzelino, y unos meses más tarde, entrado ya el año 1260, pudo regresar a su sede.

Con redoblados bríos ejerció su misión pastoral. Restituyó la paz en la región del Véneto, levantó las iglesias que habían sido destruidas y confirmó a todos en la fe. En ese tiempo mandó erigir la conocida iglesia de la Santa Corona, donde se venera la espina de la corona de Cristo que le regaló el monarca francés. En medio de tanto quehacer, Bartolomé escribió varios textos entre los cuales se conservan *Expositio Cantici Canticorum* y *De venatione divini amoris*, que tiene como trasfondo el pensamiento del Pseudo-Dionisio. Tuvo la gracia de participar en la segunda traslación de los restos de santo Domingo, que se produjo en 1267, dedicándole un panegírico. Y unos cuatro años más tarde de la misma, a finales de 1270 o a mediados de 1271, falleció en Vicenza con fama de santidad. Pío VI confirmó su culto el 11 de septiembre de 1793.



BOLETÍN DE FORMACIÓN

**DOMINICOS SEGLARES
(ORDEN DE PREDICADORES)
FRATERNIDAD DE SAN PABLO APÓSTOL
PALENCIA**

Febrero—2014

Nº 100

EL HOMBRE SOLAMENTE ES ÉL MISMO EN PRESENCIA DE DIOS



Si en la oración no encuentras ninguna resonancia sensible de Dios en ti ¿por qué inquietarte? La frontera entre el vacío y la plenitud es imprecisa, como lo es entre la duda y la fe, entre el temor y el amor.

Lo esencial permanece oculto a tus propios ojos.

Pero el ardor de la búsqueda se hace aún más intenso, a fin de avanzar hacia la única realidad. Entonces, poco a poco, se vuelve posible el sentir la profundidad, la anchura, de un amor que sobrepasa todo conocimiento. Ahí ya tocas a las puertas de la contemplación. Es de ahí de donde sacas energías para empezar de nuevo cada día, para la audacia de los compromisos.

El descubrimiento de ti mismo, sin tener a nadie que te comprenda, puede provocar como una vergüenza de existir que llega hasta la autodestrucción. Llegas a veces a creerte un condenado vivo. Pero para el Evangelio no hay ni normalidad ni anormalidad, hay hombres a imagen de Dios. Entonces ¿quién podrá condenar? Jesús ora en ti. El ofrece la liberación del perdón a todo aquél que vive con un corazón de pobre, para que él sea a su vez un liberador para los demás.

En todo hombre se encuentra una parte de soledad que ninguna intimidad humana puede colmar, ni siquiera el más fuerte amor entre dos seres. Quien no consiente a ese lugar de soledad, conoce la rebelión contra los hombres, y contra el mismo Dios.

Sin embargo, jamás estás solo. Déjate sondear hasta el corazón de tu propio ser, y verás que todo hombre ha sido creado para ser habitado. Ahí en el fondo del ser, allí donde nadie se parece a nadie, Cristo te espera. Ahí tiene lugar lo inesperado.

Paso fulgurante del amor de Dios, el Espíritu Santo atraviesa a cada ser

humano como un relámpago en su noche. Por este paso, el Resucitado te toma, cargando sobre sí todo lo que es intolerable.

Solamente después, a veces mucho tiempo después, tú lo comprenderás: Cristo ha pasado, su sobreabundancia te ha sido dada.

En el momento en que los ojos se abran a este paso, te dirás: « ¿No estaba mi corazón ardiente dentro de mí, mientras él me hablaba?»

Cristo no aniquila al hombre de carne y de sangre. En comunión con Él, no hay lugar para las alienaciones. Él no quiebra lo que está en el hombre. Él no vino a abolir, sino a dar cumplimiento. Cuando escuchas, en el silencio de tu corazón, el transfigura lo más inquietante en ti. Cuando estás envuelto por lo incomprensible, cuando la noche se hace densa, su amor es un fuego. A ti, el mirar esa lámpara encendida en la oscuridad, hasta que la aurora comience a despuntar y amanezca el día en tu corazón, te llenará de paz.

LA ALEGRÍA DE LA FE- FELICES VOSOTROS, PORQUE CREÉIS

Con la fe realmente cambia todo en nosotros y por nosotros, y se revela claramente nuestro destino futuro, la verdad de nuestra vocación en la historia, el significado de la vida, la alegría de ser peregrinos hacia la Patria celeste. Nos preguntamos, ¿la fe es verdaderamente una fuerza transformadora en nuestra vida, en mi vida?

Con la catequesis de la Fe nos gustaría realizar un camino para fortalecer o reencontrar la alegría de la fe, entendiendo que ella no es algo ajeno, desconectada de la vida real, sino que es el alma. La fe en un Dios que es amor, y que se ha hecho cercano al hombre encarnándose y entregándose a sí mismo en la cruz para salvarnos y reabrirnos las puertas del Cielo, indica de modo luminoso, que solo en el amor está la plenitud del hombre. Donde hay dominación, posesión, explotación, mercantilización del otro para el propio egoísmo, donde está la arrogancia del yo encerrado en sí mismo, el hombre termina empobrecido, desfigurado, degradado. La fe cristiana, activa en el amor y fuerte en la esperanza, humaniza la vida y la vuelve plenamente humana.

La fe es acoger este mensaje transformante en nuestra vida, es acoger la revelación de Dios, que nos hace saber quién es Él, cómo actúa, cuáles son sus planes para nosotros. Es cierto que el misterio de Dios permanece siempre más allá de nuestros conceptos y de nuestra razón, de nuestros rituales y oraciones. Sin embargo, con la revelación, Dios mismo se autocomunica, se relata, se vuelve accesible. Y nosotros somos capaces de escuchar su Pala-

La paz domina y se adueña de todo lo creado, llega la LUZ. Nace el más grande de todos los grandes, en el más pequeño y pobre de los lugares, la Reina de la Paz, le envuelve con el calor de su corazón, y con ropillas tejidas en la espera del inenarrable hecho del nacimiento, allá en la espera, entre lágrimas de emoción y alegría desbordadas, en el ocaso de las tardes de Nazaret.

Dionisio Lamas Muñoz

PRESENTACIÓN DEL SEÑOR EN EL TEMPLO



Llegado el tiempo de la purificación, según la ley de Moisés, María y José llevaron al niño a Jerusalén para presentarlo al Señor, de acuerdo con lo escrito en la ley: Todo primogénito varón será consagrado al Señor, y para entregar la oblación, como dice la ley del Señor, un par de tórtolas o dos pichones. Vivía en Jerusalén un hombre llamado Simeón, hombre varón y muy piadoso, justo y temeroso de Dios, que aguardaba el consuelo de Israel; y el Espíritu Santo moraba en él, el cual le había revelado que no moriría sin haber visto antes al Mesías del Señor. Impulsado por el Espíritu, fue al templo.

Cuando entraban con el niño María y Jesús, para cumplir con lo prescrito por la ley, Simeón lo tomó en brazos y bendijo a Dios, diciendo: Ahora "Señor, según tu promesa ya puedes dejar a tu siervo irse en paz, porque mis ojos han visto a tu Salvador, al que has presentado ante todos los pueblos: luz que alumbr a las naciones y gloria de tu pueblo, Israel". Su padre y la madre estaban admirados de semejantes palabras que se decía del niño. Simeón los bendijo, y diciendo a María, su madre: Este niño ha sido puesto para que muchos en Israel caigan y se levanten ruina muchos en Israel, como signo que provocará contradicción, para que queden al descubierto los pensamientos de todos los corazones. Y a ti, una espada te atravesará el alma". Había también una profetisa, Ana, hija de Fanuel, de la tribu de Aset. Era una mujer muy anciana. De joven, había vivido siete años casada y tenía ya ochenta y cuatro años de edad.

No se apartaba del templo ni de día ni de noche, sirviendo a Dios con ayunos y oraciones. Ana se acercó en aquel momento, dando gracias a Dios y hablando del niño a todos los que aguardaban la liberación de Jerusalén.

Por lo tanto, Dios es una realidad de nuestra vida, Dios es tan grande que tiene tiempo también para nosotros, que puede ocuparse de nosotros y se ocupa de nosotros. En Jesús de Nazaret, encontramos el rostro de Dios, que ha bajado de su Cielo, para sumergirse en el mundo de los hombres y en nuestro mundo y enseñar el “arte de vivir”, el camino hacia la felicidad; para liberarnos del pecado y hacernos plenamente hijos de Dios (cfr. Ef 1, 5, Rom 8, 14). Jesús vino para salvarnos y mostrarnos la vida buena del Evangelio. Hablar de Dios significa, ante todo, tener claro lo que debemos brindar a los hombres y mujeres de nuestro tiempo. No un Dios abstracto, no una hipótesis, sino un Dios concreto, un Dios que existe, que ha entrado en la historia y está presente en la historia, el Dios de Jesucristo como respuesta a la pregunta fundamental del por qué y cómo vivir.

Por lo tanto, hablar de Dios requiere una familiaridad con Jesús y su Evangelio, presupone un conocimiento nuestro personal y real de Dios y una gran pasión por su proyecto de salvación, sin ceder a la tentación del éxito, sino siguiendo el método de Dios mismo. El método de Dios es el de la humildad, Dios se hace uno de nosotros, es el método cumplido en la Encarnación, en la humilde casa de Nazaret y en la gruta de Belén.

La obra de la evangelización, bajo la guía del Espíritu Santo, es la Buena Nueva de un Dios que es real, de un Dios que se preocupa por nosotros, de un Dios-Amor que se acerca a nosotros en Jesucristo hasta la Cruz y que, en la Resurrección nos dona la esperanza, y nos abre a una vida que no tiene fin, la vida eterna.(Benedicto XVI).

MANSEDUMBRE EN TIEMPOS DE VIOLENCIA

Esta Navidad estuve en casa con la familia. Ahora ya estamos en febrero y recuerdo aquellos días.
 Un día fui a visitar a unos amigos y subí en el metro de Madrid, era por la mañana, un río de gente se dirigía a sus trabajos. Me llamo la atención lo limpio que estaba todo, escalera, andenes, y los mismos trenes. ¡Que diferencia de otros tiempos!
 Me sorprendí por ser una imagen diferente. Vi entrar a un ciego y su perro guía. Estos animales son muy hermosos: grandes, elegantes, y limpios, pero sobre todo mansos y fieles.
 Se sentó el ciego, y a una pequeña señal el perro se tumbo debajo del asiento, así no molestaba a nadie. Yo no le quitaba el ojo. ¡Qué nobleza de animal!. Estaba distendido, relajado; transmitía paz y confianza, sencillez y serenidad, sintiéndose entre buenos amigos. Cuando se fue le eché de menos.
 Siendo un animal, me pareció que era como un buen ejemplo para los humanos: de paz, de mansedumbre y de entendimiento, para estos tiempos difíciles.

Me viene a la memoria el sermón de la Montaña donde dice el Señor: Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán en herencia la tierra: los mansos y los sufridos es el tema cuya raíces son las humildad, el silencio y la sufrida paciencia, la bondad y la paz.

Esta sociedad esta harta de palabras, de gritos y de violencia. El Señor ante esas situaciones dice: “Venid a mi los que estáis cansados y agobiados, que yo os aliviare, que soy manso y humilde de corazón, y en mi encontrareis vuestro descanso” Mt. 11,29.

Fray Argimiro Cid. O.P.

MARÍA, LA REINA DE LA PAZ

Toda la gloria del trono de Salomón y toda la grandeza de la Roma Imperial, quedaron empequeñecidas el día de la Anunciación.

El esplendor de las civilizaciones milenarias de Babilonia, o de Persia o de Mesopotamia, o del Egipto de los faraones, quedaron oscurecidos, cuando la Hija de Sión inclinó su cabeza en humilde respuesta a la pregunta, que le hace con delicadeza celestial el enviado de las alturas, y acepta la maternidad del Hijo de Dios.

Los Reyes de Israel. Todos los reinos de la tierra. Los siete sabios de la Grecia antigua y los grandes pensadores de la Grecia clásica, rinden homenaje a la Princesa de Sión.

La Casa de David se inclina ante la casa de Nazaret.

La casa de Jacob bendice la decisión de María, vestida a la sazón, con túnica hecha de lino, sayo azul y velo de tul. Engalanada, con la alegría de su rostro, la sonrisa de sus labios y la dulzura de sus palabras.

La flor del Edén recibe en su seno al Príncipe de la Paz, y es coronada como Reina por derecho de sangre, de la Paz.

En todos los rincones de la tierra y en los confines del orbe se celebra el evento.

El espíritu de los seres humanos de todas las generaciones, saltan de alborozo.

Desprenden su aroma los bosques y los montes. Lanzan al viento las flores su fragancia. Se embellecen las praderas y las colinas.

Una brisa suave y fresca recorre los campos de oriente a occidente, hondeando las sedas de las celosías.

Después de la noche, al alba serena, allá en la aldea de Nazaret, miles de trinos inundan el cielo y alegran la mañana bulliciosa y feliz,

María, la Reina de la Paz camina hermosa y radiante a contar a Isabel la noticia, y ésta ya lo sabe.

María, es un remanso de sosiego en medio de las turbulencias de un pueblo sometido a servidumbre.

Ella es un canto de paz y de esperanza para los pueblos oprimidos de todos los tiempos. Es amparo, refugio y consuelo para los desventurados y desdichados de todas las edades.

Se enternece con los tristes y desposeídos de todos los siglos.

Camina María la Reina de la Paz, sembrando amores donde hay odios, concordia donde hay discordia, y paz donde hay guerra.



Su mirada limpia, pone quietud donde hay inquietud y desasosiego. Disuelve la oscuridad donde sólo hay noche. Prodigia la paz en el interior del hombre y de la mujer: se refleja en las madres y en los padres que nunca levantan la mano, ni la voz contra sus hijos.

Invocar el nombre de María es encontrarse con la paz, es vivir la paz en su ascensión más alta, es romper con la tormenta, la venganza, la perdición y la guerra.

La vida de María, la Madre de Dios, es sencilla como Ella misma, como las gentes de su aldea; es dechado de humildad.

Siente Ella la presencia de Dios en cada suspiro, le tiene en sus entrañas, en lo más recóndito de su ser, y se estremece de júbilo junto a la creación, porque es la elegida para que la redención se cumpla según el Creador.

Y allá en Nazaret se suceden los días, las semanas y los meses. Pasa el estío, viene el otoño y entra el invierno. Los campos están desiertos, soplan vientos gélidos y aparecen nieves en las cumbres, después en los llanos.

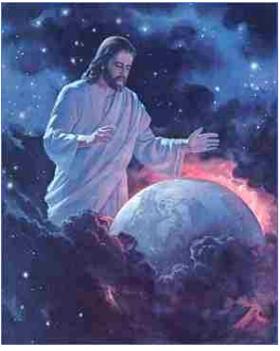
La oscuridad invernal se cierne sobre Galilea, Judea y Samaria, los pastores encienden en medio de la noche sus lumbres para resguardarse del frío. La Hija de Sión, la Reina de la Paz, no encuentra junto con José su esposo, posada en Belén.

Sólo un establo para el descanso, y entre la tristeza que por un momento empañan los ojos de María y de José, se produce el hecho inefable más grandioso de la humanidad que acaecer pueda.

-bra y de recibir su verdad. He aquí la maravilla de la fe: Dios, en su amor, crea en nosotros -a través de la obra del Espíritu Santo- las condiciones adecuadas para que podamos reconocer su Palabra. Dios mismo, en su voluntad de manifestarse, de ponerse en contacto con nosotros, de estar presente en nuestra historia, nos permite escucharlo y acogerlo. San Pablo lo expresa así con alegría y gratitud: "No cesamos de dar gracias a Dios porque, al recibir la palabra de Dios que os predicamos, la acogisteis, no como palabra de hombre, sino cual es en verdad, como palabra de Dios, que permanece activa en vosotros, los creyentes " (1 Ts. 2,13).

Dios se ha revelado con palabras y hechos a través de una larga historia de amistad con el hombre, que culmina en la Encarnación del Hijo de Dios y en su misterio de la Muerte y Resurrección. Dios no solo se ha revelado en la historia de un pueblo, ni solo habló por medio de los profetas, sino que ha cruzado su Cielo para entrar en la tierra de los hombres como un hombre, para que pudiéramos encontrarle y escucharle. Y desde Jerusalén, el anuncio del Evangelio de la salvación se ha extendido hasta los confines de la tierra. La Iglesia, nacida del costado de Cristo, se ha vuelto portadora de una sólida y nueva esperanza: Jesús de Nazaret, crucificado y resucitado, salvador del mundo, que está sentado a la diestra del Padre y es el juez de vivos y muertos. Este es el kerigma, el anuncio central y rompedor de la fe. Pero, ¿dónde encontramos la fórmula esencial de la fe? ¿Dónde encontramos la verdad que se nos ha transmitido fielmente y que es la luz para nuestra vida diaria? La respuesta es simple: en el Credo, en la Profesión de Fe o Símbolo de la Fe (Benedicto XVI).

¿CÓMO HABLAR DE DIOS EN NUESTRO TIEMPO?



Nos preguntamos:¿Cómo hablar de Dios en nuestro tiempo? ¿Cómo comunicar el Evangelio, en los corazones de nuestros contemporáneos, a menudo cerrados, y en sus mentes, a veces distraídas?

¿Cómo hablar de Dios hoy? La primera respuesta es, que nosotros podemos hablar de Dios porque Dios ha hablado con nosotros. La primera condición del hablar de Dios es, por lo tanto, la escucha de lo que ha dicho el mismo Dios. Ha hablado con nosotros. Dios se preocupa por nosotros porque nos ama. Dios ha entrado personalmente en la realidad de nuestra historia.